

# LA GENTE NEGRA DE CORDOBA:

fortaleciendo el legado de Manuel Zapata

Nosotros somos la misma gente que hemos tenido que convivir a partir de las circunstancias y de los impactos que históricamente ha generado el control de los poblamientos que se desarrollaron a partir de la dominación hispánica.

# A

# Olivella

Por Fabio Silva Vallejo

**A Manuel Zapata Olivella los colombianos en general no lo conocemos mucho, lo hemos leído poco. Los antropólogos tenemos una deuda muy grande con sus ideas, con lo expresado en sus libros, con su vida de compromiso. De ASPROCIG hemos ido aprendiendo cómo se puede organizar un colectivo multicultural sin buscar protagonismos personales. De esa unión surge Caín Contreras, integrante de las comunidades negras de Córdoba, historiador y miembro de la Organización de Afrodescendientes de Lorica (Córdoba).**

**Caín:** Mi nombre es Caín Contreras. Yo soy integrante del equipo de apoyo de Asprocig. Por formación soy historiador y pertenezco también a OAREL, la organización de afrodescendientes de Lorica, Córdoba, que también tiene vínculos y ha colaborado en proyectos con Asprocig. Mi familia es de Lorica, del Bajo Sinú. He trabajado con la organización Asprocig en proyectos relacionados con manglares y en diversas actividades sobre temas étnicos o históricos. Muchas gracias por esta invitación.

**Fabio: ¿Cuál es el estado de las comunidades negras en Córdoba?**

**Caín:** Bueno, hay que decir que las organizaciones de personas afrodescendientes o negras en el departamento de Córdoba están en proceso

de consolidación de sus experiencias organizativas y en el desarrollo de acciones afirmativas para acceder a las disposiciones de la Constitución Política y [a] los derechos para los grupos étnicos en el departamento; en el caso específico del Bajo Sinú, en los últimos años se han ido consolidando nuevas organizaciones. Una primera experiencia se da por los años 90, cuando surge una organización de afrodescendientes en la zona urbana del municipio de Lorica. De resto, en el departamento hay que mencionar las acciones que en San Antero y San José de Uré han desarrollado comunidades descendientes de africanos, las cuales han venido adelantando procesos que de alguna manera hacen visibles las problemáticas a través de acciones de movilización social en favor de la población afrodescendiente, pero también muy cercanas a los otros grupos indígenas que tienen una fuerte presencia en el departamento de Córdoba, los cuales, tradicionalmente, han encabezado las luchas sociales, especialmente el Resguardo Zenú y el Resguardo Emberá Katío del Alto Sinú, quienes han abanderado la acción social colectiva a pesar de las históricas amenazas y persecuciones.

**Fabio: Históricamente, ¿cómo ha sido la conformación del pueblo negro en Lorica?**

**Caín:** Es una pregunta muy importante porque de alguna manera nos transporta a los orígenes. La presencia de africanos en estos territorios del Bajo Sinú, de la zona costera,



En este t  
una larga  
reivindic  
por la lib

entre los departamentos de Bolívar, Córdoba, Sucre y el Urabá (antioqueño y chocoano) está asociada a un poblamiento que se desarrolló desde el siglo XVI en Tolú, que fue la ciudad base para la dominación hispánica en estos territorios. Desde Tolú se fueron introduciendo negros provenientes de la ciudad de Cartagena para laborar, especialmente, en estancias que los cabildos otorgaban al vecindario de blancos españoles en esta ciudad. Los encomenderos podían tener indígenas y también ser propietarios de africanos esclavizados.

Así, pues, desde el siglo XVI está documentada la presencia de población proveniente de África para el trabajo; especialmente para laborar en los cultivos que se desarrollaron en esta zona, así como en la cría de diversos tipos de ganado y en el laboreo doméstico para hacer la comida en las ciudades de Tolú y Cartagena. Es una presencia negra que casi llega a unos 500 años de tradición en el territorio; estamos muy próximos a esa fecha conmemorativa.

Es una presencia que debemos leer dentro de un proceso de configuración de la provincia de Cartagena, ligada históricamente a la Gobernación de Panamá. Los distintos puertos, garitas y casas fuertes que estaban bajo la influencia de la Ciudad de Panamá y las Provincias del Real de Santa María, Citará, Portobelo, Sinú y Cartagena fueron ejerciendo, hacia las poblaciones costeras y de la zona baja del río Sinú, una influencia sociopolítica y económica por ser este territorio un lugar estratégico de abastecimiento en el tránsito de los barcos que traficaban entre la feria de Portobelo y la ciudad de Cartagena, pasando por Isla Fuerte, Turbo, Broqueles, San Bernardo, Cispata, Santero y Tolú. Cuando la Flota de Indias tocaba el puerto de Cartagena debía estar garantizada la comida de la ciudad y la producción de alimentos dependía de las encomiendas tributarias y las estancias trabajadas por negros esclavizados. Entender esas lógicas de presencia de negros para abastecer los puertos con el cultivo de maíz y la cría de cerdos nos puede mostrar una larga tradición acompa-

## territorio hay la historia de acciones y de luchas libertad y por la tierra.

ñada de reivindicaciones y procesos de lucha por la libertad que, desde el siglo XVII, fueron importantes si recordamos el cimarronaje y la conformación de palenques en toda el área del Golfo de Morrosquillo y en las proximidades de la ciudad de Cartagena.

Aquí el tema de las luchas sociales se puede mirar en un espectro de tiempo más largo que lo acostumbrado, si se piensa que la organización de negros o de afrodescendientes corresponde simplemente a esta experiencia de la Constitución Política de 1991. En este territorio hay una larga historia de reivindicaciones y de luchas por la libertad y por la tierra. Eso es importante mencionarlo porque desde nuestra organización, Asprocig, se plantea que es una asociación de pescadores campesinos, indígenas y negros, lo cual responde históricamente a una larga tradición de organización de la población en este territorio.

**Fabio: En un país donde el conflicto armado ha sido una constante en la historia,**

### **¿cómo repercute ese conflicto en la dinámica de conformación de los grupos étnicos en esta región?**

**Caín:** Ha sido un proceso con muchos altibajos y, precisamente, ha estado ligado a las diversas dinámicas del conflicto, porque [a] nosotros, a partir de esta última experiencia del proceso de paz y la negociación que se ha llevado a cabo con las FARC, nos toca, digámoslo así, una pequeña porción de lo que ha sido todo el proceso de conflicto, especialmente en esta región próxima a Urabá, Cartagena y los Montes de María, adyacente a las riberas de los ríos San Jorge y Sinú y sus nacimientos en el nudo de Paramillo. Hay que hacer notar lo que fue, en primer lugar, el conflicto por el control de la tierra y las vías de comunicación. Desde el siglo XVII y XVIII la Corona española intentó incorporar estos territorios al dominio hispánico con la resistencia de los que en ese momento eran denominados los indios del Darién y [a quienes] se les catalogaba como “indios bravos”. Entonces hubo una avanzada militar que tuvo como base a Loricá y, a mediados del siglo XVIII, cuando Loricá se convierte en una Capitánía a Guerra, se organizaron expediciones a la Carolina y el Darién contra los indios bravos en Urabá y el Alto Sinú; esta ha sido una zona de conflicto que también se puede documentar desde el siglo XVIII. Luego, durante la experiencia de la Independencia, Loricá y, especialmente, las comunidades de las

sabanas de la provincia de Cartagena no estuvieron de acuerdo con el proyecto republicano. Se opusieron. Fueron realistas. Esto significó castigo a la población por parte del Gobierno republicano y, después, por parte del Gobierno español restaurado por Julián Bayer.

Para el siglo XX se pueden documentar procesos organizativos en los cuales las luchas por la tierra quedaron muy bien documentadas en la obra de Orlando Fals Borda, Retorno a la tierra, donde están todos los elementos para mirar que históricamente los campesinos, que son descendientes de africanos e indígenas, mestizos que quedaron laborando las haciendas, lucharon también por tener un pedazo de tierra para cultivar. Ahí también hubo violencia, masacres, asesinatos y, a principio del siglo XX, hubo hasta personas exiliadas por reivindicar los derechos de las comunidades.

A mediados del siglo 20, a raíz del proceso que se organizó para la adecuación de todo el Valle del Sinú, se pagaron estudios con recursos públicos a una organización de ingenieros de Denver, Colorado, para ver cómo se podía adecuar esta zona controlando las inundaciones y dejar, al menos, 300.000 hectáreas de tierra productiva para la agroindustria. Esto inició un proceso de desecación de los humedales del Bajo Sinú, un conflicto en términos ambientales y del uso de la fuerza para ir desalojando o ir desapareciendo poblaciones que tradicionalmente habían vivido de la pesca y de

la agricultura estacional. Esto hizo que se consolidaran bases para que personas del Bajo Sinú integraran guerrillas liberales que se asentaron en el Alto Sinú; hubo un fenómeno de bandolerismo y de violencia política que, lastimosamente, la Academia no se ha detenido a estudiar, pero que hizo que personajes como Gustavo Rojas Pinilla estuvieran actuando en el Alto Sinú antes de alcanzar la presidencia. Se desencadenaron procesos violentos que han ido arrojando víctimas y que también permiten entender cómo ha sido la presencia de movilizaciones sociales, que han tenido sus altibajos en términos de representación indígena y de negros en el Sinú, pero la lucha se ha mantenido históricamente a pesar de la última oleada de violencia paramilitar. Creo que los últimos procesos y el marco institucional de la Constitución Política del 91 han ayudado a que regrese la representación étnica en las luchas sociales.

Más allá de las luchas campesinas, también hay que buscar un lugar para que se entienda la reivindicación de la negritud, como la llamaba Manuel Zapata Olivella, una persona que hay que leer para poder entender cómo fue que desde Lorica se adelantaron estos procesos de reivindicación de los negros y de lo africano en el devenir de la sociedad colombiana. Yo creo que desde allí se puede notar y entender que una figura de la talla Manuel Zapata Olivella hubiera desarrollado parte de su trabajo de investigación social

y de organización de comunidades en este Bajo Sinú que siempre reivindicó en sus obras, tanto en las literarias como [en] las antropológicas y sociológicas.

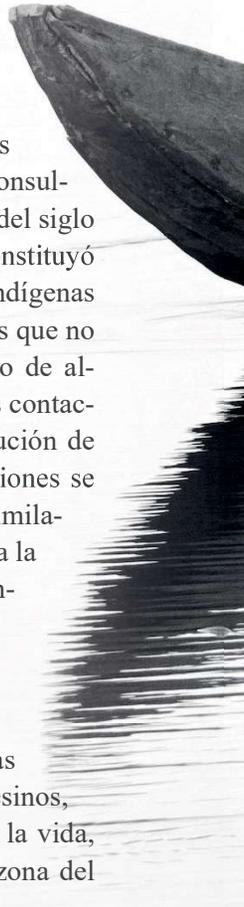
Así que nosotros, los que hoy estamos formando parte de organizaciones afro en esta zona, podemos leer todas estas experiencias y tener unos sueños compartidos que no solo corresponden a los descendientes de africanos, sino a la gente de las encomiendas en las cuales, a pesar de las leyes y de las cédulas reales que impedían que negros se mezclaran con indígenas, vivieron juntos. Sabemos que estamos integrando una lucha conjunta, de largo aliento, por la tierra, por los derechos humanos, para tener presencia y una figuración real, efectiva, gozando de los derechos y también cumpliendo con nuestros deberes en esta República de Colombia.

### **Fabio: ¿Cómo ha hecho Asprociog para integrarse entre comunidades étnicas?**

**Caín:** Lo primero es que en la organización está claro, es como un principio básico: nosotros somos la misma gente que hemos tenido que convivir a partir de las circunstancias y de los impactos que históricamente ha generado el control de los poblamientos que se desarrollaron a partir de esta dominación hispánica que fue sucediendo desde el siglo XVI. El conflicto está documentado en el Archivo General de la Nación —AGN— y en el Archivo General de Indias en Sevilla. Hay pruebas

documentales que muestran el resqueamor, la prevención, entre los diversos grupos indígenas que hoy quedan englobados en la denominación “zenú”, pero que eran realmente múltiples familias desperdigadas por todo el territorio de la Ciénega Grande Lorica, cuando transitaban por la zona de la sabana, por la zona de la costa y las zonas aledañas a la ribera del río Sinú. Eran múltiples grupos. Nosotros le damos crédito a la manera como los historiadores de la Universidad de Sevilla han reflejado la forma de organización de las encomiendas en estos territorios que no tenían solamente una lengua; había variantes lingüísticas en estas zonas habitadas por indígenas. Luego llegaron los negros esclavizados, lo cual generó conflictos, y es posible notarlo cuando se consulta, por ejemplo, una fuente del siglo XVII que refleja cómo se constituyó el pueblo de Lorica con indígenas encomendados y con negros que no podían trabajar juntos. Pero de alguna manera, a partir de los contactos, la integración y la solución de los conflictos, estas poblaciones se fueron entendiendo y se asimilaron a esa matriz cristiana y a la lengua castellana para entender el mundo.

Posterior a ello fueron y vinieron nuevas identidades asociadas a las prácticas como pescadores, campesinos, gente que estaba buscando la vida, migrantes que salen de la zona del



Sinú a poblar otras zonas en el Urabá, por ejemplo, donde hay una fuerte migración. Todos estos elementos de alguna manera suavizaron las relaciones políticas, las relaciones familiares, y desde allí es que somos la misma gente en Asprocig, como le decía, por eso entendemos que, más allá de los intervencionismos y los temas muy parroquiales, está claro y ha estado claro que no ha habido, primero, tierra donde vivir, y, segundo, que la intervención del Estado, generando proyectos como la hidroeléctrica de Urra, requería una unión entre los indígenas del Alto Sinú, los emberá, los indígenas zenú que están próximos a la Ciénaga Grande Lorica, las comunidades de campesinos del Bajo Sinú, y los pescadores que fueron afectados por

Dentro de Asprocig, la manera para resolverlo ha sido reconocernos como personas y familias, herederos de gentes que han estado conviviendo ligadas al agua y la tierra. Pero mucho más al agua, teniendo en cuenta las características ecológicas que tiene este territorio tan particular en la Costa Caribe. Tenemos diversos tipos de humedales

probar que en el período en que la ciénega está más seca, por el mes de marzo, los indígenas que no tenían que comer se comían las hico teas. Todos esos platos, esas gastronomías y fiestas, de alguna manera, facilitaron la integración de todas estas comunidades. Hay que recordar que no estamos hablando de un municipio, estamos hablando de al menos 9 municipios del Bajo Sinú que integran Asprocig con población indígena, afrodescendiente, mestiza, y que es todo un crisol cultural, en pequeña escala, lo que se ha venido configurando dentro de la organización. Y creo que se muestra hacia el exterior porque los conflictos, los roces que puede haber por la interpretación del mundo al pertenecer una familia a un grupo indígena o a un grupo afrodescendiente, creo que gracias a la experiencia de contacto y el hecho de conocernos y reconocernos como la misma gente ha influido muchísimo para que, por más de dos décadas, Asprocig siga a la vanguardia de la movilización social y de los procesos comunitarios en esta zona del Caribe.

que nos unen; tenemos prácticas, rituales, costumbres, costumbres especiales en Semana Santa: por ejemplo, que ya está prohibida, la recolección de hico tea, pero que, desde el siglo XVII, se puede com-

**Fabio: ¿Esa estrategia de la misma gente ha servido también como un sistema de protección frente al embate del paramilitarismo de finales del siglo XX y principios del XXI?**

**Caín:** Hay un aspecto clave cuando yo menciono que somos la misma gente. Frente a las amenazas y los

ese proyecto. Tener ese reto común de enfrentar todos esos cambios ambientales, generados a partir de la implementación de este proyecto, facilitó el diálogo, la movilización social conjunta entre esta diversidad étnica que históricamente ha estado poblando el territorio.

Fotografía del archivo de ASPROCIG



Fotografía del archivo de ASPROCIG

efectos de la violencia por estos actores armados en el territorio, ha sido fundamental considerar una estrategia que, basada en un reconocimiento y liderazgo colectivo, posibilite las renovaciones en cuanto al accionar político para que se den los relevos generacionales, y frente a la amenaza no se pueda llegar a señalar a una persona para que ese líder social o de la comunidad sea exterminado. Creo que precisamente el reconocimiento como una agrupación diversa —que se debe leer en términos colectivos, amplios y diversos— ha ayudado, sin duda, para que los impactos, los ataques y atentados a procesos organizativos comunitarios de base, como los nuestros, puedan sobrevivir y mantener su presencia desde las últimas

décadas del siglo XX y hasta lo que llevamos contando de este. Es muy importante señalar esto porque, siendo una estrategia política, permite proteger a los integrantes y desarrollar proyectos, distribuyendo cargas, beneficios y estímulos, así como favorecer el diálogo amplio, que es lo más importante.

Yo creo que esta experiencia es un escenario de diálogo que la organización ha venido desarrollando; inclusive estamos dialogando con otras regiones en Colombia. Esto es importante en el sentido de que, si se quiere ver como una estrategia política, nos ha permitido conversar entre nosotros, superando nuestras diferencias, que las tenemos, pero a pesar de ello es posible confluir, por

decirlo de alguna forma, en unos proyectos comunes y en una[s] reivindicaciones necesarias para poder sostener a nuestros hijos, a la generación que viene, que van a tener retos tal vez más grandes: como los efectos del cambio climático; el gran impacto que se está teniendo por esos procesos de desecación de los humedales; continuar la lucha contra un proyecto que viene en marcha desde 1950 y [que] tiene que ver con la Ciénega Grande del Bajo Sinú para cambiar su uso, y que no solo sea un depósito de agua estacional, sino que quieren que por allí pase un tramo de la carretera que va a unir a Medellín con Cartagena. Siguen existiendo los retos y nosotros seguiremos enfrentando todas esas amenazas que no necesariamente

son armadas, sino que también están en términos ambientales y en términos de la política pública.

**Fabio: Hablando con unos gestores y líderes de San José de Uré, [decían] que, si bien el Gobierno no había cumplido con los parámetros de una verdadera etnoeducación, para ellos el reconstruir procesos de memoria con los niños y jóvenes fortalecía algunas de las dinámicas de la identidad afro de San José de Uré. ¿Cómo ha sido este proceso etnoeducativo en una región donde confluyen grupos indígenas, negros, pescadores y mestizos?**

**Caín:** Para este aspecto, quiero hablar específicamente del municipio de Lorica porque es la población más grande que tiene esta región. Nosotros analizamos tamaños de población cercana a la costa que va desde Cartagena hasta Urabá, hasta Apartadó incluso. Lorica es uno de los centros poblados más grandes y en el tema etnoeducativo en este municipio confluyen no solamente los municipios aledaños del Bajo Sinú como Cotorra, Chimá, Tuchín, San Andrés de Sotavento, Purísima, Momil, San Antero y San Bernardo, sino también municipios del vecino departamento de Sucre como Coveñas y Tolú. Lo curioso aquí es que en estos municipios hay presencia de indígenas. Hay también presencia de organizaciones afrodescendientes y es curioso que el tema etnoeducativo,

al menos para lo que corresponde al municipio de Lorica, no se haya implementado. Hay un gran déficit, por ejemplo, en el proceso de recuperación de lenguas indígenas; se han querido adelantar acciones en las cuales se recuperen los lenguajes, [las] palabras, que los antiguos zenúes utilizaban. Tal vez recordaría una experiencia de organización de un concurso docente para etnoeducación en el municipio de Lorica que se desarrolló entre el 2004 y el 2008, si mal no recuerdo.

Pero la cátedra de etnoeducación, el proyecto etnoeducativo no ha sido posible a pesar de esta fuerte presencia de comunidades indígenas y afrodescendientes. Así que adelantar procesos de memoria en nuestro territorio municipal y en el territorio más amplio del Bajo Sinú es un asunto pendiente. Desde las comunidades, las organizaciones que se han conformado y las políticas públicas hay un vacío, no han confluído para los procesos de etnoeducación, en los cuales se esperaría también que las universidades presentes en el territorio, tanto públicas como privadas, participen, y se den junto a procesos de rescate de memoria, de revitalización de lenguas indígenas, y se apueste por unas identidades étnicas que dialoguen, que compartan una experiencia común en el territorio.

Esta es la realidad que tenemos en el Bajo Sinú, y creo que estamos más bien es por aprender sobre otros procesos, como el que ya había mencionado en San José de Uré;

procesos que, aunque no hayan irradiado mucho en la región, se han desarrollado en el resguardo zenú. Para nosotros sería muy interesante que se pudiera avanzar en términos de etnoeducación para que los chicos y chicas que van al colegio se integren y sean los primeros en defender los legados prehispánicos, los yacimientos arqueológicos como el de Momil, por ejemplo, donde hay unos registros milenarios de trabajo y adaptación a esta zona del territorio que no están incorporados en nuestra identidad de una manera directa y clara, para que podamos reivindicarla y seguir defendiéndola, y para que contribuyan a todos estos movimientos comunitarios que a pesar de esos vacíos siguen adelante.

**Fabio: Cuando uno escucha hablar a los “expertos” de pueblos negros de Colombia, del Caribe colombiano en particular, sale ahí mismo la problemática de San Andrés y los raizales, como también la problemática de Cartagena o la de San Basilio de Palenque y por ahí algo de Uré, pero el resto de los pueblos negros de Córdoba o de aquí mismo del Magdalena o de la Guajira o del César, como Guacoche, no aparecen por ningún lado. ¿Cuál cree usted que son las razones de esa invisibilidad y desconocimiento de estos pueblos negros en el contexto, incluidos por supuesto nosotros los académicos e investigadores?**



**Cain:** Se puede analizar desde varias orillas. Yo creo que una tiene que ver con la separación enorme que hay entre las experiencias comunitarias y los académicos: el mundo intelectual y de investigación social en las universidades, que no se han preocupado, o no han tenido las estrategias y los escenarios de reconocimiento mutuos para que una esfera le ayude a la otra, y se pueda hacer notar el tema de afrodescendientes, de políticas diferenciales y de identidades en el Caribe colombiano; que no solamente se circunscribe a pequeños lugares en términos geográficos, pero que son enormes en términos de la identidad. Nosotros analizamos la población de San Andrés y las de Palenque, y las de San José Uré que, aunque son geográficamente pequeñas, son portadoras de una identidad tan potente que han demandado, precisamente, frente a las pocas facultades de ciencias sociales, y los presupuestos tan reducidos en las universidades para desarrollar investigación, que se focalicen.

Pero aquí el tema nosotros lo miramos desde la otra orilla del recono-

cimiento, de la voz de, por ejemplo, Manuel Zapata Olivella, cuando intentaba entender la negritud, que era una categoría sostenida aún en los años noventa. Es un tema mucho más amplio que abarca una población mayor que requeriría un nuevo pacto para que, desde lo político, desde lo cognitivo, desde la epistemología, se desarrolle el reconocimiento, y que configuren identidades que en vez de seguir explorando los orígenes finalmente se reconozcan y nos lleven a otro nivel de interacción política, más allá de nombrar los orígenes.

Por otro lado, tiene que ver con la manera como el Estado colombiano y las políticas públicas han estado fomentando procesos organizativos que no tienen en cuenta las matrices históricas y culturales que nos unen, sino que se mira una experiencia de lo étnico muy diferenciada, muy focalizada en muchos casos; por ejemplo, que debemos expresar la diversidad para que cada grupo decida cuál es su organización y cuál es su proyecto, pero que finalmente el manejo de los presupuestos municipales para

estas poblaciones, los procedimientos que a nivel local hay que hacer para acceder a los recursos, están inmersos en unas prácticas políticas que conducen a la fragmentación y desintegración de las comunidades. Yo creo que esos dos elementos, la miopía de la investigación y la fragmentación derivada de las prácticas políticas, conducen a que territorios habitados por comunidades étnicas queden por fuera, tanto de lo que investigamos como de la mirada de la opinión pública nacional. Esto hace que esos lugares sean desconocidos, lugares que no están en el mapa, lugares que no suenan para nada, pero que están allí a la espera, no solamente para que vayamos a investigarlos, sino para que los proyectos, las obras de bienestar social, lleguen para que se facilite el reconocimiento. Yo creo que han sido comunidades castigadas por múltiples factores del conflicto social en Colombia. Nosotros estamos más abiertos a reconocer que provenimos de unas matrices culturales en conflicto desde el siglo XV y XVI, cuando empieza la exploración de toda esta área del Caribe colombiano y que tenemos que vernos ahí.



Nos ha faltado más investigación, nos ha faltado más divulgación, nos ha faltado también más emprendimiento y más presión para que un factor de cambio que puede llegar a ser la universidad produzca reconocimiento y esté más integrada con estas comunidades que siguen representando una gran incógnita. Es un tema muy curioso en cuanto a los procesos organizativos y comunitarios para todo el Caribe.

El gran reto que tenemos hoy como sociedad es cómo hacer más amplio ese espacio del nosotros, y el nosotros somos la misma gente. Eso es lo que he querido decir. Históricamente hubo muchos conflictos, muchas separaciones, pero finalmente aquí intentamos ser, al menos en el Bajo Sinú, la misma gente.

**Fabio: Esa misma gente, ¿cómo superó o cómo viene superando el problema del racismo que, en buena parte del mundo y del país, no ha sido posible superar?**

**Caín:** Creo que, de alguna manera, al menos en nuestra organización, lo venimos estudiando porque las

herramientas para superar el trato discriminatorio están planteadas en la ley. No hay que ser abogado para plantearnos cómo reivindicarnos y tratar de saber cómo estamos ligados todos para superar esa discriminación, tratando de luchar para que, por ejemplo, cuando en la universidad de Córdoba se otorga un cupo para un miembro de las comunidades afro de Lorica, esa persona que va a representar a su familia, a su grupo, tenga en cuenta que se puede defender frente al trato desigual desde cualquier instancia o agencia, algo que está contemplado en la Constitución Política desde el principio de igualdad. Entonces, se necesitan ciertas intervenciones para que comunidades históricamente marginadas puedan nivelarse, digámoslo así, en términos del principio de igualdad. Creo que el gran reto aquí es cómo se viene defendiendo el hecho de ser iguales y diferentes, demostrando la importancia que tiene el trato diferente no discriminatorio, que son cosas distintas. La Corte Constitucional se ha pronunciado sobre eso. Hay que hacerle entender a toda la sociedad colombiana que es necesario cambiar de

pensamiento, porque creer que los grandes latifundistas de Colombia son las comunidades indígenas y criticarlos por ello es una forma de distorsionar la historia y la interpretación de la Constitución Política, lo que justifica una imagen discriminatoria. Todos deberíamos tener el derecho de poder ser propietarios de la tierra que laboramos y de estar ahí. Así que la tarea es muy grande porque implica cambiar, de alguna manera, las prácticas y las representaciones que hay hacia los grupos étnicos.

Cuando estoy en clase trato de probarlo históricamente. Si nosotros vamos a preguntar al censo nacional de Colombia cuántas personas afro hay, cuántos indígenas hay en el presente de la sociedad colombiana, podemos llegar a tener algunas cifras. Si nosotros vamos a preguntar al censo cuántas personas blancas viven hoy en Colombia, será difícil decirlo. No hay cifras reconocidas sobre cuántos blancos viven en Colombia. Finalmente, es posible llegar a plantearlo política e históricamente: el gran genocidio en Colombia ha sido la desaparición

ción de los blancos, algo paradójico porque son pocas las personas que dicen “yo soy blanco”. Aquí el mito del mestizaje pervive, pero finalmente la minoría étnica en Colombia serían los blancos, no nosotros. Entonces, creo desde allí que es posible plantear nuevas preguntas, estudiar y prepararnos para que cuando aparece el trato discriminatorio en Colombia, que es tan común, tengamos los elementos para enfrentarlo y para tratar de fundamentar, al menos en el discurso, una nueva práctica y mirada de reconocimiento hacia las comunidades; y vaya uno a ver quiénes son los que habitan las periferias de las ciudades en Colombia, quienes viven en esa marginalidad... Es un tema que exige plantearnos nuevos problemas de investigación, nuevas preguntas, y tratar de echar para adelante ensayando nuevas respuestas y posibilidades de interpretación sobre lo que es y lo que ha sido la sociedad colombiana.

**Fabio: En Asprocig, donde confluyen indígenas, negros, pescadores, mestizos y campesinos, en ese día a día de las comunidades del pueblo puro, ¿no ha habido esos problemas de racismo y de discriminación en el día a día, en la cotidianidad?**

**Caín:** En la cotidianidad hay muchos chistes todavía que sobreviven entre nosotros. Podemos reírnos de nuestras diferencias, podemos exagerar, y yo creo que, desde la oralidad, los cuentos en los que sobreviven nuestras diferencias se integran más en esa dimensión que tiene la oralidad para la narración, pero fi-

nalmente cuando toca mirar al otro no transponemos esas dimensiones narrativas para reconocernos formando comunidades que tienen prácticas diferentes; concepciones sobre la niñez, la pubertad, la vejez, la sexualidad, la comida, entre otras, que son diferentes. Esto lo vemos en la cotidianidad sin necesidad de ir a la escuela ni a la universidad, sino en el trato diario con el otro, en el trabajo común de ayudar a un vecino; que cuando se pesca y veo que me alcanza le regalo a mi comae’, a mi compae’, le mando a la gente que está más allá y que uno sabe que está jodida. Creo que eso genera un nuevo espacio de interacción que hace que las diferencias, los roces naturales que hay entre los seres humanos, se superen con facilidad. Nos da nuevos escenarios para que la diferencia natural y el roce se resuelvan, y esto se puede probar recordando el episodio en el cual nace un municipio como Lorica.

Lorica es un sitio que está a la orilla del río Sinú. Su poblamiento original fue en una isla y por una plaga de langostas que hubo en todos los territorios productivos de esa zona, en el siglo XVII, hubo la necesidad de que indígenas y negros se vinieran a cultivar maíz en la isla que se formaba entre la ciénaga de Mexión, el río Sinú y los caños adyacentes, para no pasar hambre. Creo que eso, finalmente, es lo que nos une. Son retos que permiten que las diferencias se pasen por alto y tratemos de buscar soluciones comunes. Para las actuales generaciones es necesario que la investigación social nos permita recuperar esas memorias, en las cuales han existido los enfrentamientos, la prevención de los indígenas respecto a “sus mujeres”, frente a negros es-

clavizados que andaban por allí, pero más allá de eso hay escenarios donde ha sido posible convivir y la prueba está hoy en la conformación y configuración de un proyecto como Asprocig. Aquí estamos todos y, más allá de nuestras diferencias, nuestros lenguajes, las sensibilidades que hemos acumulado en todos estos siglos de interacción, estoy seguro de que en nuestro lugar de vida nosotros somos descendientes de aquellos que trabajaron en haciendas, que se fugaron del estar trabajando encomiendas. Somos descendientes de todos ellos y de los que fueron trasladados porque en un momento el Sinú se quedó sin indígenas y hubo la necesidad, para los encomendados, de ir al Alto Sinú y al Urabá para atraer indígenas, para ir cumpliendo con las reglas de la Corona española y sostener sus títulos de encomiendas. Más allá de todos esos procesos, ahí estamos nosotros. Creo que las memorias y las prácticas nos han ayudado, y también la manera como, en un momento clave como los años 60 y 70, la intervención de la Academia, encabezada por Fals Borda, ayudó a que se configurara una comunidad que se reconoce heredera del agua, que vive en el agua; y que tenemos los proyectos ahí en lo anfíbio. A veces nos falta mucho el agua, como en este mes de marzo, y luego nos inundamos, pero allí nos acomodamos todos. Creo que es un tema en el cual, quiero decirlo, soy muy optimista en cuanto a que nuestras memorias y nuestras interacciones políticas van a flotar. Yo creo que eso está más arriba que las diferencias y los roces naturales que hemos tenido en la historia. ■